
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

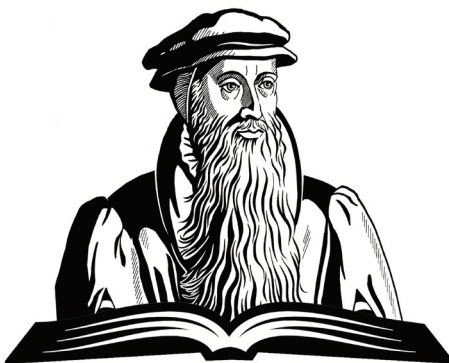
Lección 37: Adorando a Dios correctamente

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 37

ADORANDO A DIOS CORRECTAMENTE

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 37

Bienvenidos a la lección número 37 de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento. En esta lección aprenderemos más acerca de la gran santidad de Dios. Esta lección es desde Levítico 1, hasta el 17. ¡Eso es mucho para leer! Pero si prestas atención a mis siguientes dos preguntas, podré ayudarte con ello.

Primero, una pregunta. ¿Cuál es tu libro favorito? Si lo conoces muy bien, creo que podrás encontrar algunos lugares en ese libro en los que el autor abarca mucho tiempo en solo unas pocas frases. Pero también hay momentos en los que el autor va más despacio, e incluye muchos detalles. Cuando eso sucede, sabes que tienes que prestar mucha atención.

Así es el libro de Levítico. Este abarca alrededor de dos meses de tiempo, pero incluye muchos detalles. Estos detalles son importantes. Por lo que, tenemos que ir más despacio, y prestarles mucha atención.

Mi siguiente pregunta, o más bien comentario, es que mientras nos detenemos, y prestamos atención, fijémonos, sobre todo, en el punto principal. ¿Cuál es el punto principal? Bueno, recordarás que al final del libro de Éxodo, Moisés no pudo entrar en el Tabernáculo, sino que Dios le habló desde fuera del Tabernáculo. ¡Qué poderoso recordatorio de que el pecado de Israel había dañado su relación con su Dios!

Ya que Dios es santo, bueno y perfectamente justo, no había forma de que el Israel pecador, malo e injusto pudiera sobrevivir en Su presencia. Ellos necesitan ser santos, también. En Levítico, leemos lo que le enseñaron al pueblo sobre cómo podían vivir en la presencia de Dios. En esta lección, aprenderemos de cerca: Primero, sobre los sacrificios; segundo, sobre los sacerdotes; tercero, sobre las leyes de purificación; y, finalmente, sobre el día de la Expiación. Luego, terminaremos esta lección conectándola nuevamente con el punto principal de esta lección. Una vez más, el punto principal es: «¿Cómo pueden los pecadores impíos vivir en la presencia de un Dios santo?»

Bien, volvamos la atención a nuestra historia y a Moisés. Su atención se ha centrado completamente en Dios, quien le está hablando a Moisés desde el Tabernáculo. Dios le está diciendo a Moisés lo que debe decirle a la nación de Israel. Esto ocupa los primeros siete capítulos. En pocas palabras, Dios le está diciendo al pueblo cómo pueden decirle

«gracias» por todo lo que Dios les ha dado. Dios también le está diciendo al pueblo cómo pueden decirle «perdón», por los pecados que han cometido contra Dios, y contra su prójimo.

En el capítulo uno, el primer sacrificio es el «holocausto». Un israelita, que sabía que había pecado, que estaba arrepentido de ese pecado, y que sabía que el pecado necesitaba perdón, podía traer uno de sus becerros para ser sacrificado como holocausto. Este sacrificio podría cubrir su pecado, pero le costaría al israelita lo mejor de su rebaño. El animal inocente moriría en lugar del israelita pecador.

En el capítulo dos, aprendemos acerca de la ofrenda de alimentos. Un israelita que estaba agradecido por las bendiciones que había recibido del Señor, y quería confesar esto, traía una ofrenda de alimentos o de grano. Esta era una ofrenda de grano de los campos de los israelitas. Sólo una pequeña parte era quemada. El resto serviría para sustentar a los sacerdotes que, por supuesto, pasaban su día, no cultivando el campo, sino sirviendo al Señor en su trabajo como sacerdotes.

En el capítulo tres, tenemos la muy bonita imagen de una ofrenda de paz. Un israelita que deseaba hacer o mantener la paz de la que disfrutaba con Dios traía una ofrenda de paz. Este sacrificio establecía una relación de paz, entre el israelita y Dios y luego, por supuesto, con su prójimo, también. La grasa del animal era la mejor parte, y nunca se comía. Se ofrecía a Dios. A los sacerdotes se les daba parte de la carne, y el israelita comía el resto como la comida de ese día con su familia o amigos.

En el capítulo cuatro, y en la primera parte del capítulo cinco, aprendemos acerca de la ofrenda por el pecado. Un israelita que pecaba, pero no a propósito, sabía que aún era culpable de ese pecado. Dios concluye Sus instrucciones a Moisés sobre esta ofrenda declarando varias veces que «el sacerdote hará expiación por el pecado que haya cometido, y le será perdonado». El perdón es el maravilloso resultado de que Dios acepta el sacrificio, y que ahora tiene satisfecha Su santa ira y justicia contra el pecado.

Finalmente, aprendemos acerca de la ofrenda por la culpa. El pecado daña la relación con Dios, y también con el prójimo del israelita. El pecado no es sólo algo leve, sino que destruye y causa un daño que necesita ser reparado. Por lo tanto, este sacrificio tiene una fuerte idea de reparar una relación, de reparar el daño, de pagar una deuda. Este sacrificio tiene la intención de restaurar esa relación entre Dios y el prójimo.

En todos estos sacrificios, Dios siempre miraba el corazón del que ofrecía el sacrificio. Un sacrificio no debía hacerse como una costumbre o sin pensar, como una forma de llamar la atención de Dios. No, estos sacrificios tenían que ser ofrecidos con verdadero arrepentimiento, y fe.

Hasta aquí, hemos echado un vistazo rápido sobre estos sacrificios. Quizás podrías estar pensando que estos sacrificios y sus detalles son imposibles de recordar, y que ni siquiera son necesario aprenderlos. Puedo entender tu punto de vista. Pero, Dios nunca pone algo en la Biblia que no sea importante. Tengo algunas preguntas para ti sobre estos sacrificios para ayudarte a ver por qué son importantes para ti, y para mí, también.

El holocausto cubría el pecado, y señalaba la recta justicia de Dios sobre un sustituto en lugar del pecador culpable. ¿Eres tú un pecador? Entonces, también eres culpable, y necesitas un sustituto. ¡Esa culpa puede ser cubierta o expiada!

Luego, la ofrenda de paz y el alimento compartido, mostraban que las relaciones rotas entre las personas y Dios podían ser restauradas. ¿Tu pecado ha causado una ruptura en tu relación con Dios? ¡Esa relación puede ser restaurada!

La ofrenda por el pecado tiene que ver con la mancha del pecado, los resultados sucios y destructivos del pecado. Un Dios santo debe estar rodeado de santidad para permanecer con este pueblo. ¿Tu pecado ha dejado una mancha en tu vida? ¿Puedes ver las consecuencias sucias, y destructivas del pecado en tu vida? ¡Puedes ser restaurado, y ser hecho santo!

La ofrenda por la culpa se trata de la deuda que debe ser pagada como resultado del pecado. ¿Tu pecado te ha dejado con una enorme deuda con Dios que nunca podría ser pagada? Pues, yo te digo, ¡que sí se puede pagar! Todos estos sacrificios se encuentran y se cumplen perfectamente en el Señor Jesús.

El Señor Jesús es el sacrificio perfecto, un sacrificio excelente, mucho mejor y más eficaz que todos los demás. Su sangre puede cubrir nuestra culpa, Su relación perfecta con Su Padre puede ser suficiente. Él puede limpiar la mancha, y el daño del pecado en nuestra vida. Él puede pagar la deuda que nosotros nunca podremos pagar. Espero que veas lo hermoso que Él es, y lo necesario que es Él.

Los israelitas veían estos sacrificios, y escuchaban la explicación de Moisés. Algunos de ellos creyeron, y en fe, veían al futuro Mesías en estos sacrificios. El profeta Isaías dijo al pueblo de Israel que el futuro Mesías vendría para ser sacrificado. Por ejemplo, en Isaías 53 se describe al futuro Mesías como «una ofrenda por el pecado», y que «él llevará las iniquidades de ellos», y que «él ha llevado el pecado de muchos».

Y más tarde, cuando Juan el Bautista vio al Señor Jesús, anunció: «¡He aquí el Cordero de Dios!» Estaba diciendo que el Señor Jesús sería sacrificado, al igual que estos animales, para quitar el pecado de su pueblo. En estos sacrificios, podemos ver cómo un pecador puede acercarse a Dios, y hallar misericordia.

Dirijamos ahora nuestra atención a los sacerdotes. El Tabernáculo ha sido preparado, leyes de los sacrificios han sido establecidas, y es tiempo de que Aarón y sus hijos

comiencen su trabajo como sacerdotes. En los capítulos ocho y nueve puedes leer acerca de esto.

Aarón y sus hijos son lavados, se ponen su ropa especial de sacerdotes, y son ungi-dos como sacerdotes. Se rocía sangre sobre ellos, son marcados con sangre en la oreja derecha, en las manos, y en el pie derecho. La frase: «como Jehová había mandado a Moisés» es usada muchas veces en estos capítulos, y describe cómo esta ceremonia, que dura una semana, fue completada.

Aarón ofrece un sacrificio, primero por sí mismo, y luego por el pueblo. Dios mostró Su aprobación enviando fuego desde el cielo, y quemando los sacrificios. El pueblo vio esto, y se alegró mucho de que Dios aceptara el sacrificio. ¡Esto significaba que Él seguiría habitando entre ellos! El cargo y el trabajo de los sacerdotes serían un recordatorio constante para Israel de la presencia de Dios con ellos.

Lamentablemente, esta ocasión especial fue marcada por la desobediencia pecami-nosa de dos de los sacerdotes. Nadab y Abiú fueron desobedientes en su trabajo. El capí-tulo diez describe cómo ofrecieron «fuego extraño». Quizás usaron fuego común, y no el fuego sagrado del Altar del Holocausto. No respetaron los mandamientos de Dios para su servicio, y fueron castigados al momento. Vivir en la presencia de Dios era un gran privilegio, pero también era peligroso para aquellos que se atrevían a rebelarse contra Dios.

Ahora, dirijamos nuestra atención a la tercera parte de nuestra historia: «Las leyes de purificación». Y, piensa nuevamente en el mal que hicieron Nadab y Abiú. Ellos se presentaron ante el Señor con fuego extraño. Cuando se suponía que debían hacerlo con fuego sagrado. El fuego del altar del holocausto era santo, y estaba reservado para el servicio de Dios. Eso es lo que significa santo: Puro y dedicado a Dios.

Las cosas que no eran santas, eran comunes o formaban parte de la vida cotidiana; y estas cosas comunes podían ser limpias o inmundas. Parte del trabajo de los sacerdotes se describe en el capítulo diez, verso diez. Ellos debían enseñar al pueblo a: «discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio». Podríamos detallar exhaus-tivamente todas las diferentes leyes de purificación en los capítulos del once al quince, pero solo ofreceré una explicación muy general.

El punto principal de estas leyes se encuentra en el capítulo once, verso cuarenta y cinco: «Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios; seréis, pues, santos, porque yo soy santo». Dios es santo, y quería que Su pueblo escogido fuera santo, también. Estas leyes los separarían, y los harían diferentes de todas las naciones que los rodeaban. Esta frase: «sed santos, porque yo soy santo», se repite muchas veces en el libro de Levítico.

Así que, en la vida diaria de la nación de Israel, las personas debían estar limpias. Era posible volverse inmundo si tenías una enfermedad de la piel o, tal vez, si tenías que enterrar a un familiar fallecido. Mientras estabas inmundo, no se te permitía participar en la adoración a Dios. Primero tenías que volver a estar limpio a través de una ceremonia o un sacrificio. Y sólo cuando estabas limpio podías volver a unirte a la adoración de la nación.

En la vida diaria, había cosas santas, y cosas comunes. Las cosas comunes podrían estar limpias o inmundas. Era realmente importante evitar que algo inmundo entrara en contacto con algo que era santo. Y había muchas de estas reglas. Este era un recordatorio constante en la vida personal, en su vida familiar y en su vida comunitaria, de que tenían que ser una nación santa, y separada.

En conclusión, lo inmundo no podía entrar en contacto con lo santo. Las cosas inmundas necesitaban ser limpiadas, y luego podían ser santificadas para ser hechas santas. Esto sólo podía hacerse a través del sacrificio. Esto se ve más claramente si pensamos en la obra del Señor Jesús. Es el sacrificio de Cristo lo que permite que un pecador completamente impío e inmundo entre a la presencia del Santo, y sobreviva.

Cristo es el Santo que se entregó a Sí mismo a una muerte inmunda. Él se hizo inmundo para que, a través de su sangre, nosotros fuéramos limpiados y santificados. A los creyentes cristianos se les recuerda en 1 Juan 1:7, que «la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado». Y Hebreos 10:10, deja claro que «somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre».

Pasemos al clímax de esta lección, que todos estos capítulos han ido preparando. En los capítulos dieciséis y diecisiete, tenemos la descripción de una celebración anual en la relación de Israel con Dios: «el día de la expiación». Este era el día en que se ofrecía un sacrificio para expiar todos los pecados de Israel que no habían sido expiados a través de otras ofrendas. Este era un día de purificación de Israel para que Dios pueda seguir habitando entre ellos. En este día, el pueblo descansaba como en el día de reposo, y reflexionaba sobre sus pecados, y se arrepentían de ellos.

Primero, el Sumo Sacerdote traía el becerro y lo mataba. Luego llenaban el incensario con fuego del altar del holocausto. Se ponía un incienso especial de olor dulce sobre las brasas. Llevando consigo un poco de sangre, el Sumo Sacerdote iba detrás de esa cortina especial en el Tabernáculo, hacia el Lugar Santísimo. Aquí, Dios estaba presente de una manera especial sobre el Propiciatorio, y entre los querubines. La nube de incienso llenaba esta habitación Y siete veces Aarón mojaba su dedo en la sangre del becerro, y rociaba esa sangre sobre el Propiciatorio. Habiendo sacrificado primero un becerro por sus propios pecados, Aarón ahora podía obrar en nombre del pueblo.

Luego, toma un macho cabrío, y lo mata. Regresa al Lugar Santísimo con el incensario y la sangre del macho cabrío y la rocía sobre el Propiciatorio, también. Habiendo

terminado esto, Aarón regresa afuera y pone sus manos sobre la cabeza de un segundo macho cabrío vivo. Él confiesa todos los pecados de los hijos de Israel sobre la cabeza de este macho cabrío. Este macho cabrío sería entregado a un hombre destinado para esto, quien tenía que llevarlo lejos, al desierto.

El pueblo observaba solemnemente cómo este hombre salía del campamento con el macho cabrío que cargaba con todos sus pecados. ¡Ellos nunca más volverían a ver a este macho cabrío! Este era un recordatorio muy claro de que Dios nunca más se acordará de sus pecados. El pueblo de Dios halla consuelo en este chivo expiatorio, ya que muestra la verdad de la Palabra de Dios en Hebreos 10:17: «Y nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades».

Estos dos machos cabríos, uno cuya sangre fue rociada, y el otro el que desapareció, muestran las dos partes de la expiación por el pecado. En la expiación, la justicia de Dios contra el pecado queda satisfecha con la sangre rociada, y el pecado es quitado. Fue sólo debido a esta sangre rociada que Dios podía seguir habitando con este pueblo. El autor de Hebreos relaciona la importancia de la muerte de Jesús en la cruz con este día de la expiación. No es la sangre de los sacrificios la que es tan valiosa, sino que es la sangre sacrificada de Cristo la que obtiene la expiación final, segura y eterna.

En Hebreos 9:12 podemos leer acerca de Jesús: «y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención [para nosotros]».

Así que, ahora que hemos aprendido sobre los sacrificios, los sacerdotes, las leyes de purificación y el día de la expiación, necesitamos servirnos de estas 4 partes para ayudarnos a responder dos preguntas. Estas preguntas son: ¿quién es el hombre? y, ¿quién es Dios?

En primer lugar, quién es el hombre, y qué hace. La respuesta corta es: El hombre es culpable, y peca. Cuando piensas en Nadab y Abiú, puedes ver que el hombre es muy rebelde contra Dios. Dios, en Su misericordia, ha accedido a seguir viviendo entre su pueblo. En lugar de sentirse humillados, Nadab y Abiú parecen estar llenos de orgullo, y quieren servir a Dios a su manera. El hombre es culpable ante Dios.

Tal vez pensemos que vivimos una vida muy buena, sin demasiados pecados. Pero si pudiéramos ver todos los pecados que hemos cometido, creo que simplemente nos derrumbaríamos. Esdras, un profeta que vivió muchos años después de esto, describió esta actitud en el capítulo 9, verso 6: «Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestras culpas han crecido hasta el cielo».

Puede que nosotros olvidemos algunos pecados que hemos cometido, pero Dios conoce cada uno de ellos. El salmista canta en el Salmo 69:5 «Dios, tú conoces mi insen-

satez, y mis delitos no te son ocultos». Toda persona es culpable ante Dios, y nuestro pecado nos ha hecho inaceptables para vivir en la presencia de Dios. Levítico nos muestra cómo los pecadores son capaces de vivir en la presencia de Dios.

En segundo lugar, consideremos quién es Dios, y lo que hace. La respuesta corta es: Dios es santo, y Él es misericordioso y bondadoso para perdonar el pecado. En esta lección has aprendido que Dios es santo, y que esta santidad debía ser vista en cada aspecto de la vida de Israel. ¡Ellos debían ser santos, porque Dios es santo!

Pero la santidad de Dios es mucho, mucho más. Dios es llamado el «Santo de Israel», y los ángeles en el cielo cantan: «Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de Su gloria». La santidad de Dios es descrita en la Palabra de Dios como perfecta. Aquí tenemos tres textos bíblicos sobre ello:

- «Él es la Roca, cuya obra es perfecta... Dios de verdad y sin ninguna iniquidad».
- «En cuanto a Dios, perfecto es su camino».
- «Justo es el Señor en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras».

Como Dios es santo, el pecado es realmente ofensivo para Él. Dios no puede tolerar el pecado en Su presencia. Uno de los profetas, muchos años después, estaba bastante molesto, y clamó a Dios: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, y no puedes ver el agravio». Su queja era que Dios estaba siendo paciente con aquellos a Su alrededor que estaban haciendo toda clase de cosas malas. ¿Cómo es posible que Dios pueda ser tan paciente con los pecadores? Es sólo por gracia gratuita e inmerecida. Dios no sólo es paciente, sino que promete perdonar el pecado. Lee 1 Juan 1:9: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad».

¿Ves cómo toda esta lección tiene sentido? Nosotros somos pecadores, Dios es santo y no puede ver el pecado. Pero, aun así, en esta historia de sacrificios, sacerdotes, leyes de purificación, y el día de la expiación, aprendemos que todavía hay un camino para que los pecadores vivan en la presencia de Dios. Juan el Bautista exclamó: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» En nuestra próxima lección, aprenderemos más sobre el mandato de Dios de ser un pueblo santo y apartado.